

FIBRO SEGUNDO

LA COALICIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

LA EUROPA COLIGADA CONTRA LA REVOLUCION

§ 1.—¿Quién empezó la guerra?

N.º 1.—*Las pretensiones.*

I

Apenas la Revolución había hecho saltar las puertas de la Bastilla, emigraron los príncipes de la sangre y la alta aristocracia. ¿Qué querían los emigrados? Un periodista del 89, fiel órgano de los sentimientos de la nación, responde que todo el mundo estaba convencido de que no era única-mente por huir del furor del pueblo por lo que los jefes de la aristocracia permanecían en el extranjero. ¿Por que viajaban de corte en corte? Trataban de formar una confederación de príncipes, dice Loustalot, para venir á mano armada á restablecer la aristocracia en todos los privilegios que había usurpado. ¿Darían oídos los príncipes á esas excitaciones? Los revolucionarios así lo creían. ¿Acaso la aristocracia no tiene en todas partes los mismos intereses y las mismas pasiones? ¿Acaso los príncipes no están interesados en tener en la esclavitud al pueblo? Ahora bien, la Revolución amenazaba á la monarquía absoluta tanto como á la aristocracia. Es cierto que los reyes se envidia-

ban entre sí, y que vivían en estado de guerra permanente; pero se creía que sacrificarían sus odios personales á una pasión más imperiosa, la de su dominación (1).

No, en 1789 no se tratada aún de una coalición europea; sin embargo, los hombres de la Revolución tenían un instinto justo de las pasiones que debían empujar á la aristocracia y la monarquía á ligarse contra la nueva Francia. La coalición estaba en la fuerza de las cosas. Pero los hechos no se desenvuelven con el rigor de la lógica. La Francia fué la que declaró la guerra al emperador de Alemania; la Francia quien arrojó el guante á la Inglaterra. ¿Quiere esto decir que la nación francesa haya tomado la iniciativa de la lucha que ensangrentó á Europa durante veinte años? En Francia, el sentimiento unánime de los interesados de cerca ó de lejos por la Revolución ha sido siempre que la Asamblea legislativa, al empezar la guerra, no hiciese más que precaver la agresión que los

(1) *Revoluciones de París*, núm. 10 (12 de Septiembre de 1789), página 3.

reyes meditaban desde hacía mucho tiempo. Hay innumerables testimonios de esa opinión pública; citaremos algunos.

Entre los que votaron la guerra había un filósofo poco amigo de las luchas sangrientas. ¿Por qué Condorcet, gran partidario de la paz, se pronunció por la guerra? Nos lo dice en su *Justificación*, una de las últimas páginas que escribió. Escuchemos la confesión de un moribundo. Condorcet reconoce que se ha censurado severamente á los patriotas la declaración de guerra: "Contestaré por mí, dice, que no deseaba la guerra, que hubiera querido poder evitarla. Pero es evidente que el emperador no difería más que para tener tiempo de hacer sus preparativos... Si no se hubiese declarado la guerra, no hubiera dejado por eso el enemigo de entrar en Francia el 20 de Agosto, y entonces no hubiera hallado el enemigo más que plazas sin defensa, ejércitos nulos, y aun hubiera decidido en todas partes las traiciones que la corte había sabido procurarse en su favor. *Detestando, pues, la guerra, he votado por declararla, porque era el único medio de descubrir los complots de una corte conspiradora,*" (1).

Francia tenía contra ella las apariencias. Pero ¿quién ignora que no es siempre el que empieza la lucha el agresor? Cuando el general Bonaparte, hecho primer cónsul, escribió al rey de Inglaterra la famosa carta en que hacía proposiciones de paz, el gobierno inglés acusó á la Revolución de haber encendido la guerra y de hacer imposible la paz. El primer cónsul rechazó vivamente esta acusación: "Muy lejos, dice, de que la Francia haya provocado la guerra, recuérdese que, desde el principio de su revolución, había proclamado solemnemente su amor por la paz, su alejamiento de las conquistas, su respeto por la independencia de todas las naciones, y no es dudoso que, ocupada entonces exclusivamente en sus asuntos interiores, hubiese evitado el tomar parte en los de Europa, permaneciendo fiel á sus declaraciones. Pero, por una disposición opuesta, tan pronto como la Revolución francesa estalló, Europa casi entera se ligó para destruirla. *La agresión fué real mucho tiempo antes de ser pública.* Se excitó á las resistencias interiores, se acogió á los opositoristas, se toleraron sus reuniones armadas, se favorecieron sus secre-

(1) CONDORCET, *Fragmento de justificación*, escrito en Julio de 1793 (*Obras*, t. I, p. 591, edición de ARAGO).

tos complots, se apoyaron sus extravagantes declamaciones, se ultrajó á la nación francesa en la persona de sus agentes. En fin, la Francia fué atacada de hecho en su independencia, en su honor y en su seguridad, mucho tiempo antes que se declarase la guerra. Así es que Francia tiene el derecho de imputar á los proyectos de esclavitud, de disolución y de desmembramiento que se han preparado contra ella los males que ha sufrido y los que han afligido á la Europa," (1).

Los sentimientos que el primer cónsul expresaba eran los de toda Francia. Cuando la victoria de Marengo obligó al emperador á firmar la paz de Lunéville, la nación saludó con entusiasmo el fin de las hostilidades; creía entrar, en fin, en esa era pacífica que los hombres del 89 esperaban de la Revolución. Victoriosa, nada le impedía decir todo su pensamiento sobre la guerra que acababa de terminar de una manera tan gloriosa para la República. Pues bien, la convicción unánime fué que la guerra había empezado por asegurar la libertad y la independencia de la nación. Al mensaje por medio del cual anunciaban los cónsules la conclusión de la paz, el presidente del cuerpo legislativo respondió: "Los Franceses habían dicho: seamos libres. Y una liga de enemigos conjurados se atrevió á ponerlo en duda... Mas no era bastante haber dicho: someteremos á ese pueblo, destruiremos su poder, para que fuese sometido y destruido. Hay una justicia eterna que pone el efecto de todas las voluntades bajo la dependencia de la suya; y cuando llama á un pueblo á la libertad, los vanos esfuerzos de los poderes de la tierra se estrellan contra la inmutabilidad de sus decretos. ¡Qué gran ejemplo nos da la guerra memorable que la paz acaba de terminar! ¡Casi toda la Europa en armas contra nosotros; la guerra proclamada, una guerra de exterminio; el fanatismo hecho soldado de la ambición de los grandes y devastando nuestras más ricas comarcas!... Contra tantos males no opusieron los Franceses más que su valor, desarrollado por ese sentimiento profundo de la libertad que no conoce ni resistencias ni obstáculos... Á este instinto de la independencia debemos las victorias sin ejemplo que la paz acaba de coronar," (2).

(1) Nota para el ministro de relaciones exteriores, del 26 noviembre, año VIII (*Correspondencia de Napoleón*, t. VI, p. 117).

(2) *Archivos parlamentarios*. Colección de los debates legislativos desde 1800 á 1860, t. II, p. 373.

La opinión de que la Francia no hizo sino defender su libertad contra las amenazas de la coalición ha venido á ser un lugar común para los historiadores de la Revolución, al menos para aquellos que participan de las esperanzas del 89. No citaremos más que á M. Michelet; el tono de certidumbre del escritor francés atestigua que no le queda duda alguna acerca de este grave debate; mejor dicho, á sus ojos, como á los ojos de la nación, no hay debate; la agresión de la Europa coligada es un axioma: "Enfrente de la federación de los pueblos se hacía una de los reyes. Ciertamente, la reina de Francia tenía motivos para esperar viendo con qué facilidad su padre Leopoldo había reunido la Europa al Austria. La diplomacia alemana; tan lenta ordinariamente, había tomado alas. Esto consistía en que los diplomáticos no entraban en ello para nada. El asunto se arreglaba personalmente por los reyes, sin saberlo los embajadores y los ministros. Leopoldo se había dirigido directamente al rey de Prusia, le había mostrado el peligro común, había abierto un congreso en Prusia mismo, de acuerdo con Inglaterra y Holanda," (1).

II

Escritores de la redacción, de acuerdo con graves historiadores, pretenden que este axioma es una preocupación desprovista de todo fundamento, que lo que se considera como una verdad es una ficción. Según ellos, la coalición no ha existido más que en la imaginación de los revolucionarios; los príncipes no pensaban en ella, la declaración de guerra votada por la Asamblea legislativa fué una agresión completamente gratuita, ineludible; fué la obra de los girondinos, partido tan ambicioso como irreflexivo. ¡Qué extraño conflicto de opiniones contrarias sobre un acontecimiento contemporáneo! Admiran y casi afligen esas contradicciones. ¿Qué viene á ser la certidumbre histórica, cuando hay un disenso tan completo respecto á un hecho del cual, por decirlo así, hemos sido testigos? Y no se trata de una cosa poco considerable ó indiferente. Para los hombres que aman la libertad, es un artículo de fe que la Revolución del 89

ha inaugurado una era nueva; en su creencia, los que presidieron á este nacimiento de un nuevo mundo son los libertadores de la humanidad. ¡Y estos hombres, infieles á sus promesas, hubieran lanzado á la Europa en los azares de una guerra á muerte por irreflexión, por ligereza ó por sentimientos más culpables aún, porque son egoístas! Se trata del honor de la Revolución. Escuchemos primero á los que la atacan.

Se concibe que los reaccionarios quieran mal á los girondinos: fueron los primeros partidarios de la república, y en el campo de la reacción un republicano pasa casi por un ladrón en cuadrilla. De Barante pretende que fueron los girondinos y principalmente Brissot, los que lanzaron á Francia en las aventuras de una guerra indefinida (1). Monsieur de Carné abunda en esos sentimientos, y los desenvuelve con una apariencia de rigor histórico (2). La Revolución fué, dice, la que amenazó á la Europa, imputándole dificultades cuya mayor parte habían sido suscitadas por ella misma. Acusó á la Europa de atentar á su libertad, cuando había gobiernos que acogieron con simpatía esta primera aplicación de las doctrinas enciclopédicas; en cuanto á los que no aprobaban el nuevo orden de cosas ó tenían alguna duda, pusieron la mayor reserva en la manifestación de su opinión. Mr. de Carné olvida citar los testimonios de esta simpatía, y en vano los buscamos. Si la Revolución halló amigos en el extranjero, fué entre los librepensadores, no ciertamente entre los príncipes. Hé ahí ya, para empezar, una pura ficción. Continuemos. "Á los gobiernos, dice el académico francés, repugnaba profundamente la idea de una intervención armada en el primer período de la Revolución. Es cierto que Catalina II tuvo algunas veleidades guerreras; pero el interés de Estado las contuvo prontamente." Este es un nuevo rasgo de esta historia imaginaria, tal como la escriben los neocatólicos. La Semiramis del Norte, hábil cómica, no pensó nunca en intervenir; jamás se preocupó más que de su *interés de Estado*. Mr. de Carné añade que el emperador era el reformador filósofo de la Toscana; á este título, sin duda, Leopoldo debía ser simpático á las ideas del 89. Desconfiamos de los príncipes

(1) DE BARANTE, *Historia de la Convención nacional*, t. II, página 337.

(2) DE CARNÉ, *el Partido girondino* (*Revista de Ambos Mundos*, 1830, t. I, p. 1056).

(1) MICHELET, *Historia de la Revolución francesa*, t. II, página 190.

filósofos, y no esperamos un rey que sea amigo de la libertad. El publicista francés reconoce que el rey de Prusia se preocupaba de los progresos de la Revolución y se indignaba de sus excesos, pero sostiene que sus consejeros seguían con complacencia la experiencia que la nación francesa hacía sobre sí misma. Podía preguntarse á Mr. de Carné quién le ha enseñado todo eso. Sabe también que la mayor parte de los príncipes del imperio cerraban obstinadamente los oídos á las súplicas de la nobleza emigrada. Aquí la imaginación va hasta alterar los hechos. Son, sin embargo, notorios; tendremos ocasión de recordarlos.

Monsieur de Carné reconoce que un principio de concierto se estableció entre los gabinetes de Viena y de Berlín, cuando la huida de Luis XVI; pero, dice, fué á instancias del rey y de ningún modo á las de la emigración. Y ¿qué importa, aun suponiendo que así sea? Lo que importa es el concierto, porque es el primer paso hacia la coalición. El académico francés contesta. Según él, la alianza era la cosa más inocente del mundo: no era un ataque contra la Revolución, sino una vigilancia armada contra los jacobinos, ¡Así es que el emperador y el rey de Prusia habrían hecho la policía de Europa! Sea. Pero ¿quién les autorizaba á hacer la policía en Francia? Y ¿no hicieron otra cosa? Sí, responde Mr. de Carné; querían que la Constitución se modificase por *acuerdo del rey y de la Asamblea nacional*. ¡Así, cuando á instancias de Luis XVI la Europa monárquica se armó para imponer á la nación un cambio en la Constitución, eso se llama modificar la Constitución por *acuerdo del rey y de la Asamblea!* En fin, dice monsieur de Carné, cuando Luis XVI aceptó la Constitución, se restablecieron las relaciones diplomáticas con la Francia, toda la Europa protestó de sus intenciones pacíficas. La diplomacia es pródiga en protestas; las del 91 ¿eran sinceras? Sí, responde Mr. de Carné; sólo podría negarlo la más insigne mala fe.

Hay en estas altivas afirmaciones casi tantas antifrasas como palabras. Lo probaremos. Escuchemos aún el fin de esa defensa en favor de la coalición. En 1791 y en 1792 había, pues, gentes de una *insigne mala fe* que se obstinaban en dudar de la simpatía de los reyes absolutos hacia la libertad proclamada por la Revolución. Hé ahí los verdaderos culpables. Son los girondinos. Mon-

sieur de Carné no encuentra palabras bastante duras para censurar la conducta de ese partido, que suscitó la guerra deliberadamente *por medio de provocaciones friamente calculadas*. ¿Cuál era el fin de los girondinos? Eran *artistas en locuacidad* que querían obrar de diferente modo que los constituyentes, *lo cual les conmovía mucho*. ¡Vanidad de abogado y de buen decidor! Lo que les preocupaba más era *el imponerse á Luis XVI*. Esto quiere decir que los girondinos incendiaron á Europa para ser ministros, ó, como se expresa nuestro académico, para que madama Roland pudiese brillar en su gabinete del ministerio del interior (1).

No hubiéramos trasladado este alegato contra la *Gironda* si no participasen de la opinión que en ella se expresa respecto al origen de una lucha de veinte años solamente los escritores de la reacción. Las reacciones son ciegas por naturaleza; y ¿para qué escuchar á los ciegos disertando contra la luz del sol? Hay que compadecer á esos desgraciados, y esperar que Dios les devuelva el órgano de la vista. Pero los reaccionarios franceses están conformes con historiadores alemanes, cuya ciencia y talento no permiten la indiferencia. Hay que apreciar una doctrina que tiene en su favor los nombres de Mr. de Sybel y de Mr. Häusser. La libertad les es tan cara como á nosotros; pero escribiendo después del 48, ¿no obedecían, sin saberlo, al movimiento de los espíritus que llevó á la Alemania á una vía en que los más moderados, los más imparciales, son injustos con la Francia revolucionaria? Es también una reacción no menos ciega que aquella cuyo órgano acabamos de oír. Dejamos la palabra á los historiadores alemanes. (1).

La opinión tradicional en Francia es que la coalición del Austria y de la Prusia obligó á la Asamblea legislativa á declarar la guerra á la Europa monárquica. Esta tradición tiene toda la autoridad de un axioma histórico. Sin embargo, es falsa, es cierto que la *Gironda* tomó la iniciativa de esa lucha terrible para arruinar la Constitución del 91 y para reemplazar la monarquía con la república. Aun siendo hostiles á los girondinos, los historiadores alemanes juzgan á los hombres con

(1) DE CARNÉ, *La tradición constitucional en Francia, desde 1789 hasta 1863* (Revista de Ambos Mundos, 1863, t. VI, p. 45).

(2) *Geschichte der Revolutionszeit, von HEINRICH VON SYBEL* (1853), t. I, p. 293 y sig.—HÄUSSER, *Deutsche Geschichte, vom Tode Friedrichs des Grossen bis zur Gründung des deutschen Bundes* (tercera edición, 1861), t. I, p. 340.

bénevola imparcialidad. Brissot fué el orador de la guerra, y su existencia aventurera dió juego á los enemigos de la Revolución. La ciencia alemana se digna descender á tales personalidades. Caracteriza perfectamente al hombre político de la *Gironda*. Brissot llevó á la diplomacia la necesidad de movimiento, de agitación, de trastorno que hace de su vida privada una novela poco edificante. Esto era natural en él y no cálculo: agitaba á la Francia y á la Europa por el placer de agitar y de remover el mundo. Añadamos que la Francia revolucionaria tenía necesidad de semejante diplomático. Los escritores alemanes están conformes en decir que la Revolución se dirigía á la Europa tanto por lo menos como á Francia. Necesitaba, pues, un espíritu de proselitismo, de propaganda, que la llevase á revolucionar á la humanidad. Brissot era el órgano de esta fase de la Revolución. De ahí su ardor en predicar la guerra. Era, como sus amigos de la *Gironda*, un hombre de sentimiento más que un político; por poco que hubiesen reflexionado, no hubieran querido la guerra, porque eran idólatras de la libertad, y la guerra debía traer fatalmente el régimen del sable. Pero era preciso que los destinos de la Francia se realizasen. Los historiadores alemanes se extrañan de la ligereza completamente francesa con que la Asamblea legislativa se arrojó á una guerra que debía abrasar á Europa, cuando la Francia estaba sin ejército, sin dinero, sin gobierno. No veían que la ligereza gala es la ausencia de una cualidad. Si los franceses fueran una raza calculadora, la Europa estaría aún bajo el yugo del feudalismo; Francia hubiera hecho la revolución para sí, como su vecina del otro lado de la Mancha. Bendigamos á Dios por haber dotado á la nación francesa de ese entusiasmo irreflexivo que en la Edad Media le hizo emprender las cruzadas, y que después del 89 le inspiró la noble ambición de regenerar al mundo.

¿Quiere esto decir que Brissot y los girondinos hayan encendido la guerra? Los designios de la Providencia no los excusarían si, por inclinación revolucionaria, hubiesen empeñado á la Francia y á la Europa en una de las más sangrientas luchas de que hace mención la historia. La historia debería condenarlos, aunque reconociendo el bien que producía su ardor de propaganda. Porque la Revolución no tenía el derecho de trastornar la Europa monárquica, si es cierto que ella misma no fué ata-

cada. Sería preciso imputarla como un crimen el haber tomado las armas para propagar la libertad, en vez de fiarse en los progresos lentos, pero seguros, del ejemplo que hubiera dado al mundo una nación regenerándose por los principios de la filosofía. El debate es solemne. Para resolverlo hay que oír el testimonio de los actores que en él han desempeñado papeles.

N.º 2.—Los hechos.

I

No se ha negado todavía que los emigrados hubiesen abandonado la Francia con proyectos de contrarrevolución y de venganza. Se reconocen sus intrigas en todas las cortes de Europa para traer un alzamiento en armas contra la revolución. Hé ahí la coalición en estado de deseo, de esperanza, en los hombres del pasado, los nobles y los curas. La monarquía ¿fué cómplice de la emigración? Y la Europa ¿entró en sus designios? Este grave debate implica una sentencia de condenación, sea contra la Revolución, sea contra la Europa monárquica; para resolverlo hay que detenerse en las miserables cuestiones que dividían á la corte de Francia. ¿Qué importa que la reina haya odiado al conde de Artois, qué importa que los emigrados no hayan tenido muy alta opinión de Luis XVI, si en el fondo perseguían el mismo fin, si eran cómplices? ¿Qué importa tampoco que los emigrados hayan sido huéspedes importunos, cuando iban de corte en corte á ostentar su orgullo y su impotencia, si, en definitiva, los príncipes hicieron lo que quería la emigración, un concierto armado primeramente y después una guerra de invasión?

Apenas había pasado un año desde los hermosos días del 89, cuando el rey y la reina habían resuelto huir de París. ¿Era para hacer la guerra á la Revolución? Para quien conoce las preocupaciones, muy naturales por otra parte, del antiguo poder real, la pregunta, no es pregunta. Luis XVI dijo un día al conde de Fersen, que desempeñó un gran papel en los proyectos de evasión: "Quisiera mejor ser rey de Metz que continuar siendo rey de Francia en semejante posición; pero esto concluirá muy pronto" (1). ¿Debe preguntarse lo que

(1) BUCHEZ Y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, t. VIII, p. 170.

Luis XVI entendía por ser *rey de Metz*? Era el poder real de antes del 89 lo que sentía como su derecho, derecho que tenía de Dios, mientras que la monarquía constitucional, la monarquía que recibe sus poderes de la nación, era á sus ojos una esclavitud y una deshonra. Hé ahí la contrarrevolución en esencia. En el mes de Octubre de 1790 se discutían ya los proyectos de huida. ¿Era una simple lucha entre el rey y la Asamblea nacional, sin ninguna relación con el extranjero? Se pretende, pero los amigos mismos y los partidarios más adictos de Luis XVI atestiguan contra esta alteración de la verdad.

El hijo del marqués de Bouillé nos enseña que Luis XVI contaba con las disposiciones favorables del emperador y de España. No se atuvo á estas vagas esperanzas; encargó al barón de Breteuil que tratara en su nombre con las potencias extranjeras. Se trataba de una negociación en regla. Plenos poderes, en forma auténtica, escritos de mano del rey, fueron enviados al barón de Breteuil por medio del obispo de Pamiers. ¿Cual era el objeto de esta negociación? Huir de su capital protestando, como lo hizo en el 91, contra la Revolución y apoyándose en la Europa monárquica, ¿no era empezar la guerra? Léese en las *Memorias sacadas de los papeles de un hombre de Estado*: "Luis XVI tomó la resolución de recurrir á las armas extranjeras en el mes de Noviembre, cuando vió que se violentaban sus sentimientos religiosos para arrancar su sanción á los decretos sobre la constitución civil del clero. Primeramente dió á su antiguo ministro en Alemania, el barón de Breteuil, plenos poderes que le autorizaban á tratar con las diversas potencias del restablecimiento de su autoridad legítima. Escribió él mismo en seguida á los príncipes para invitarles á sacarle de la posición cruel en que se hallaba., Tenemos la carta que Luis XVI escribió al rey de Prusia. Léese en ella: "Acabo de dirigirme al emperador, á la emperatriz de Rusia, á los reyes de España y de Suecia, y les someto la idea de un congreso de las principales potencias de Europa, apoyado de una fuerza armada, para contener aquí á los facciosos é impedir que el mal que nos trabaja se introduzca en los demas Estados,, (1).

(1) *Memorias sacadas de los papeles de un hombre de Estado*, tomo I, p. 27 (edición de Bruselas).

Abi vemos la complicidad de Luis XVI establecida, firmada de su mano. Se conoce su debilidad, sus vacilaciones. Si la nulidad del príncipe disminuye su responsabilidad moral, no destruye los hechos. Veamos qué acogida hicieron las cortes de Europa á las proposiciones del rey cristianísimo. En el mes de Abril de 1790, habiendo querido Luis XVI ir á Saint-Cloud, un grupo popular se opuso á ello. Esto le decidió á ponerse en relación con su hermano emigrado y con el emperador. El conde de Durfort, provisto de instrucciones orales del rey, fué á Italia, cerca del conde de Artois, y obtuvo una entrevista del emperador en Mantua el 20 de Mayo. Se presentó á la aprobación de Leopoldo un proyecto de intervención, corrigiendo éste de su mano varios artículos, especialmente aquel en que se indicaba que la marcha de las tropas debía ser del mes de Julio al mes de Agosto; él la fijó lo más tarde al mes de Julio. El emperador aseguró al conde de Durfort que las potencias iban á tomar parte en los asuntos de Francia, *no con palabras, sino con hechos*.

Hé aquí las bases del plan de contrarrevolución acordado en Mantua: "El emperador hará marchar treinta y cinco mil hombres sobre las fronteras de Flandes y del Hainaut. En la misma época, las tropas de los círculos marcharán, en número de quince mil hombres por lo menos, sobre la Alsacia. Los Suizos, en el mismo número, se presentarán en las fronteras del Lyonnais y del Franco Condado, y el rey de Cerdeña en la del Delfinado también con quince mil hombres. España ha reunido ya doce mil las tropas que han de amenazar las provincias meridionales. El emperador declara, además, que está seguro de las buenas disposiciones del rey de Prusia, y que el rey de Inglaterra, en su cualidad de elector de Hanovre, desea también entrar en la coalición., Leopoldo era de opinión que Luis XVI debía renunciar á su proyecto de huida. Temía las consecuencias funestas de un arresto. La protección más segura, decía, es el movimiento de los ejércitos coaligados, precedida de manifiestos amenazadores (1).

¿Qué responden los historiadores alemanes á esos hechos cuya verdad no puede negarse? Citan

(1) BUCHEZ y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, t. XVII, p. 252-256.

los informes de los embajadores de Prusia y Viena y las declaraciones de los ministros prusianos. Á pesar de todo, dicen, no se trata aún más que de manifiestos y de amenazas. La correspondencia secreta de la reina de Francia con el emperador, su hermano, nos dirá lo que debemos pensar de las conversaciones diplomáticas que los historiadores reciben como buen oro y buena plata. María Antonieta escribe el 1.º de Junio de 1791 á Leopoldo: "Toda demostración, manifiesto ó empresa, mientras estemos en París, nos expondrá de un modo espantoso, á pesar de la responsabilidad con que se cargará á la ciudad de París por nuestras personas., La reina veía la Revolución de cerca, conocía al monstruo y sabía que las amenazas no harían más que irritar su furor y precipitar la catástrofe. María Antonieta continúa: "Nos interesa firmemente nuestra primera voluntad, y os reiteramos, mi querido hermano, la petición de ocho ó diez mil hombres, que os hemos hecho, para el primer momento. Cuando el rey esté en seguridad y libre verá con agradecimiento y grande alegría á todas las potencias adherirse á su reclamación para sostener la justicia de su causa., (1).

Leopoldo responde haciendo votos para que la huida del rey tenga buen resultado. Dará orden al conde de Mercy de apoyarle en todo lo que pueda: "Dinero, tropas, todo estará á vuestras órdenes. Puede contarse con el rey de Cerdeña, los Suizos y las tropas de los príncipes del imperio, hasta con las del rey de Prusia que están en Wesel., Leopoldo, nacido y educado en Florencia, era sutil y disimulado, como son los políticos italianos. No quería hacer partícipes de su secreto á los diplomáticos, sabiendo que el secreto de la diplomacia es el secreto de la comedia. Escribía á María Antonieta: "No pierdo de vista vuestros intereses, manifiesto no interesarme en ellos para no dar lugar á sospechas., (2). Así es que el emperador, no tan sólo no decía sus intenciones, sino que decía todo lo contrario de lo que creía hacer. Estas protestas engañaron á los embajadores; los Alemanes parece que no sabían que la palabra ha sido dada al hombre para disfrazar su pensamiento. Así, pues,

(1) *Revue rétrospective* ó *Biblioteca histórica* conteniendo memorias y documentos auténticos é inéditos, segunda serie, t. I, página 447.

(2) Carta de Leopoldo á María Antonieta, del 12 de Junio de 1791 (*Revue rétrospective*, segunda serie, t. I, págs. 449, 450).

los diplomáticos no cesaban de escribir que Leopoldo manifestaba extremada reserva en los asuntos de Francia; y cuando llegaban á sus oídos algunos rumores de guerra, suponían que el emperador quería comprometer á Prusia en los azares de una lucha contra la Revolución, sin perjuicio de aprovecharse de ella para cuidar sus propios intereses en Turquía y en Polonia. Esta chismografía diplomática ha sido tomada por lo serio por los historiadores alemanes (1). Pero ¿cómo darle la menor importancia, cuando las cartas de Leopoldo nos dicen que engañaba á los embajadores?

II

Se dice que hasta la huida de Varennes, el emperador no pensaba sino en una intervención amenazadora (2). Pero las amenazas dirigidas á una gran nación por potencias armadas, ¿no son el primer paso hacia la guerra? Si Leopoldo se limitaba á ellas, es porque ignoraba con qué adversario tenía que habérselas. Nadie sabía la formidable fuerza que había en la Revolución. Se imaginaban que los manifiestos, los congresos, apoyados en un ejército de cien mil hombres, bastarían para poner la Francia á los pies de Luis XVI. La prisión del rey en Varennes, hecha por el pueblo en presencia de las tropas que se creían fieles, dispó la ilusión. Leopoldo y todos los príncipes se asustaron de esta audacia, dice un historiador reaccionario por excelencia (3). Bajo la impresión de aquel susto, el emperador escribió su circular del 6 de Julio de 1791, fechada en Padua, por la cual invitó á los soberanos á ponerse de acuerdo con él para declarar: "Que consideraban todos la causa del rey cristianísimo como la suya propia, pidiendo que este príncipe y su familia sean puestos inmediatamente en libertad completa, con poder de ir á todas partes donde crea conveniente el rey cristianísimo, y reclamando para todas esas personas reales la inviolabilidad y el respeto á que el derecho natural y de gentes obligan á los súbditos hacia sus príncipes; que se reúnan para vengar con el mayor estrépito los atentados que se cometan contra la libertad, el honor y la seguridad del

(1) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. I, págs. 310, 311.

(2) VON SYBEL, *Die Revolutionszeit*, t. I.

(3) *Memorias sacadas de los papeles de un hombre de Estado*, tomo I, p. 32.